

*Lectio ultima:*  
Testimonio de Fe y Esperanza

RESUMEN

El artículo es una síntesis de los contenidos de la Antropología Teológica, desde la creación del mundo y del hombre, encuadrada en el plan de Dios de hacer partícipe al ser humano de su vida divina inmortal. Dios hizo al hombre persona inteligente y libre para que tuviera cabida en su vida personal, como hijo en el Hijo. El hombre se convierte así en un interlocutor de Dios, que, como Padre amoroso, por el don de su vida, lo diviniza y lo hace capaz de una comunión plenamente dichosa en una vida eterna y feliz. Estamos ante algo absolutamente sobrenatural, infinitamente alejado de las posibilidades humanas, que sólo se puede obtener como don de Dios, por la encarnación y resurrección del propio Hijo de Dios, y que culminará en la resurrección de los muertos.

**PALABRAS CLAVE:** Cuerpo, espíritu, persona, libertad, responsabilidad, hijo, divinización, inmortalidad, resurrección, pecado, redención, gloria.

ABSTRACT

The article is a synthesis of the contents of the Theological Anthropology, from the creation of the world and mankind, framed into God's plan in order that human beings take a share in His divine immortal life. God made man an intelligent and free person so that they fit in His personal life, as sons in the Son. In this way, human being becomes the other person for God, who, as a loving Father, through the gift of His life, deifies him and makes him capable of a fully happy communion in an everlasting blissful life. We are facing something absolutely supernatural, infinitely far away from human possibilities, which only can be obtained as a gift from God, through the incarnation and resurrection of the Son of God Himself, and that will reach its highest point with the resurrection of the dead.

**KEY WORDS:** Body, spirit, person, freedom, responsibility, child, divinization, immortality, resurrection, sin, redemption, glory.

Me propongo hacer una síntesis apretada de los contenidos de las asignaturas de Antropología Teológica que he explicado durante veinticuatro años en el CTSA y en el Estudio Teológico Agustiniiano de Valladolid (ETAV), a manera de testimonio personal de la fe y la esperanza que compartimos. Más atrás quedaron los otros veintiún años de docencia en los colegios de Los Olivos, de Málaga, y San Agustín, de Salamanca.

«Enuma Elish», que traducido del acadio quiere decir «Cuando en lo alto» (es decir, en la morada de los dioses), es el poema babilónico del origen del mundo. Según el poema, la estructura del mundo (el firmamento y los depósitos de los mares) fue construida con la carcasa de Tiamat, la diosa madre de todos los dioses, asesinada por los dioses primogénitos; y los hombres fueron amasados con el ingrediente de la sangre de Kingu (la Luna), con el fin de que estuvieran al servicio de los dioses, que así gozarían de una vida libre de cuidados. En contraste con esta concepción mítica del origen del mundo, el poema bíblico de la creación salva la trascendencia de Dios, que lo crea todo con el poder de su palabra. Comienza así: *Al principio, creó Dios el cielo y la tierra (Gén 1,1)*: el espacio, los astros, el aire; la tierra firme, las plantas y los animales; las aguas de las nubes, de los ríos y de los mares, y todos los seres que pululan en ellas.

Finalmente, puso en la tierra al hombre para que *la guardara y la cultivara (Gén 2,15)*, como representante suyo. Hizo al hombre, en su cuerpo, de «polvo de estrellas» (Carl Sagan), lentamente elaborado, a lo largo de 13.700 millones de años, a partir del hidrógeno primitivo. No es una licencia poética, sino un consenso científico, ya que los elementos que constituyen el cuerpo humano, como el hidrógeno, oxígeno, nitrógeno, carbono, agua, calcio, azufre, fósforo, hierro... no existían cuando tuvo lugar el *big bang*, sino que hubieron de fraguarse laboriosamente en el interior de las estrellas, sometidas a increíbles presiones por la fuerza de su propia gravedad, y que finalmente fueron explotando y lanzando al espacio exterior nuevos elementos más pesados, de los que se formó, entre otros, el planeta Tierra. Cuando vino a configurarse la Tierra, ya habían transcurrido 9.200 millones de años desde el instante creacionnal, durante los cuales, el universo experimentó los cambios necesarios para que fuera posible la aparición del ser humano. No sólo resulta evidente que concurrieron las condiciones favorables para la aparición del hombre inteligente (según el prin-

cipio antrópico débil), sino que resulta coherente sostener (con el principio antrópico fuerte) que el universo debía producir vida inteligente de forma necesaria, pues, en caso contrario, carecería de significado (Brandon Carter). El hombre es el único ser del universo capaz de abarcarlo comprensivamente: en el hombre se esclarece el sentido y es apreciada la maravilla del universo.

Pero el Creador puso aún más empeño personal en la formación espiritual del ser humano (*Hagamos al hombre –Gén 1,26*), al cual, soplándole en la nariz, le infundió aliento de vida. Lo hizo *a su imagen y semejanza (Gén 1,26)*, dotándolo de inteligencia y equipándolo de voluntad propia para que fuera un ser libre.

Y es que su intención al crearlo fue la de hacerlo partícipe de su divinidad para que compartiera su gloria, su eternidad y su felicidad. Para ello, debía adherirse personalmente al proyecto divino acogiendo el don de Dios, fomentando su desarrollo e identificándose más y más con Dios, movido por el Espíritu Santo, a imitación del Hijo en su relación con el Padre. En Dios, todo acontece con suma lucidez, con absoluta libertad, en un clima de amor total. Nada sucede mecánicamente, sino de modo enteramente personal. En el seno de un Dios personal, sólo podía tener cabida un sujeto también personal, distinto de Dios, pero, a la vez, perfectamente integrado en el ser personal de Dios, constituido por tres personas divinas. Su incorporación a la vida íntima de Dios no da lugar a una cuarta persona, sino que sucede por la adhesión a la persona del Hijo.

Dios es, por esencia, un ser tripersonal, pero aquello que constituye a cada una de las divinas personas en lo que les es más propio y característico: el ser Padre, Hijo y Espíritu Santo, no proviene de su naturaleza divina, sino de la relación entre las divinas personas: dicha relación establece la comunidad divina que es la Trinidad, como ya lo expusiera san Agustín: «En Dios, es una misma cosa ser y ser persona. Si ser es término absoluto, persona lo es relativo. Decimos tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y decimos también tres amigos, tres parientes, tres vecinos, porque no lo son con relación a sí mismos, sino con relación a los demás. Cada uno de ellos es amigo, pariente o vecino de los otros dos; pues dichas palabras significan siempre relación» (San Agustín, *La Trinidad* VII 6,11). Dios no es Padre por ser Dios, sino por haber engendrado al Hijo; de

igual manera, Jesús no es persona humana por ser hombre (en realidad, no es inherente a la naturaleza humana su condición de persona, pues Jesús no es una persona humana). Al crear Dios al hombre a su imagen y llamarlo a incorporarse a su vida trinitaria como hijo en el Hijo, le confirió también el ser personal, haciéndolo capaz de diálogo con Él, es decir, de poder acoger su ofrecimiento y responder a él con libertad. Esto es precisamente lo que significa ser persona. El culmen de lo que es la criatura hombre está representado en Jesús, el hombre unido indisolublemente a la persona del Hijo. En Jesús, el hombre se convierte en un tú absoluto del Padre y del Espíritu. El tratamiento personal que Dios da al hombre es la preparación necesaria para el reconocimiento del hombre como hijo y su participación en la vida divina.

Ser persona implica, pues, un ser subsistente, un yo autoconsciente, inteligente y dotado de voluntad. No obstante el reconocimiento personal del hombre no es tan evidente como podría parecer, pues aunque hasta los no creyentes se avienen a tratar como personas a los seres humanos, es decir, como seres valiosos en sí, no como medios, sino como un fin, sin embargo esto no ha sucedido en todas las épocas de la historia, cuando el hombre ha sido considerado como cosa o mercancía; ni sucede ahora, cuando el hombre no es tratado con respeto. Es más, cuando son los seres humanos los que se arrogan la capacidad de conceder el estatuto de persona, se lo niegan a quienes todavía no han obtenido el reconocimiento de humanos por no haber sido aún conocidos ni por sus padres, al no haber nacido. Aunque Dios, que no sólo los conoce, sino que los ha llamado a la existencia, ya los reconoce con su nombre único, que designa para Él toda la realidad de cada ser humano. Con ello quiero decir que, o fundamos en Dios el reconocimiento y trato personal del hombre, o acabamos vaciándolo de contenido personal. Pues, ¿qué consideración personal tienen hacia el hombre —como individuo único y digno del mayor respeto— los que defienden a ultranza la vida del asesino (lo que merece aprobación) pero desestiman y extirpan como intruso al inocente no nacido (con el slogan: «¡No a la pena de muerte; sí al aborto!»?) Una concepción meramente natural del hombre ¿no lo reducirá, sin más, a ser un individuo de la especie, que es legítimo, y hasta legal, sacrificar en provecho de la especie, o de la raza, o de la nación? ¿No se abre así un portillo para justificar la utilización de los débiles por los fuertes: explotación

laboral, comercio sexual, consumidores de drogas, esclavitud en suma? ¿Dónde queda la consideración personal del hombre cuando no vemos al hombre con los ojos de Dios? La consideración personal del ser humano por parte del hombre tiene su fuente en el amor: cuanto más querido nos resulta un individuo humano, tanto más lo valoramos como ser único, irreplicable, absoluto, es decir, persona: un ser valioso para nosotros, con quien nos une una relación de «yo» a «tú»: «Amar a alguien es decirle: Tú no morirás jamás» (Gabriel Marcel); el hombre puede deseárselo, pero Dios puede hacerlo realidad.

Al tratar Dios al hombre como su interlocutor (su tú), lo constituye como ser personal, es decir, un ser único, irreplicable, un valor absoluto y fin en sí mismo, pues Dios lo ama y lo llama a ser su hijo. De esta forma, Dios se convierte en un tú para el hombre, un Padre amoroso que lo respeta y lo acoge individualmente, por sí mismo, lo que constituye el más preciado valor del hombre: el de ser una persona única e insustituible. Dios no es un antagonista del hombre, que pone en riesgo su entidad, sino que, por el contrario, lo funda y lo potencia, al igual que, en la Trinidad, cada persona divina resulta perfilada y afianzada por las otras. Nada ni nadie podría sustentar la mismidad del hombre, en lo que le es más preciado, su ser persona, sino que «sólo el ser personal por excelencia puede conferir personalidad a su criatura» (J. L. Ruiz de la Peña, *Imagen de Dios. Antropología teológica fundamental*, Santander 1988, p. 177), la cual lo percibe así cuando considera a Dios como su tú. Al convocar a un ser humano a la existencia, Dios lo llama por su nombre, y lo pone ante sí como ser responsable (dador de respuesta), como sujeto personal y como interlocutor suyo.

De ahí que dejara en manos del hombre la decisión trascendental de secundar o rechazar el plan divino, de forma enteramente responsable hasta las últimas consecuencias. Dios hizo al hombre naturalmente bueno y sobrenaturalmente agraciado con el don de su vida divina, mas era necesaria su aportación personal para hacerse moralmente bueno y sobrenaturalmente, hijo de Dios, el cual se le brindaba como Padre. Para ello, lo dotó de libre albedrío, por el que podía no pecar, pero no era impecable (San Agustín, *Génesis contra maniqueos*, II 28,42). El hecho de que, por su libre albedrío pudiera el hombre hacer una mala elección, no hace malo al libre albedrío, sino que, por ser don de Dios, es bueno, ya que capacita al hombre para hacerse

moralmente bueno por su libre adhesión al bien (San Agustín, *Libre albedrío* I 12,25-26).

El bien supremo que Dios ofrece al hombre no es tanto su naturaleza humana, que lo sitúa en la cumbre de la creación, sino el don de su vida divina, que lo hace partícipe de su naturaleza divina y le da acceso a su vida trinitaria y a su gloria divina. En el seno de la Trinidad, nos corresponde el lugar de hijos, porque el Hijo de Dios se hizo hombre para que los hombres viniéramos a ser hijos de Dios. Es la vida divina del Hijo de Dios, que Él tiene recibida del Padre por generación, la que se nos comunica a nosotros como gracia, como don.

Cristo es el modelo perfecto de lo que implica la vida en gracia: pues también el hombre Jesús recibió como gracia el ser Hijo de Dios, de modo que cobre pleno sentido el salmo cuando dice Dios al Mesías: *Tú eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy* (*Sal 2,7*). La situación de agradecimiento que, por la unión personal con el Hijo de Dios, tiene el hombre Jesús le lleva a poder decir con verdad lo que sólo es concebible en un ser divino: *Yo y el Padre somos uno* (*Jn 10,30*).

Ésta es también la nueva situación en que se encuentra el hombre con respecto a Dios por gratuita concesión de su liberalidad: que nos podemos llamar hijos de Dios, pues lo somos (cf. *1Jn 3,1*). Sin que llegara a producirse una alteración en su estatuto de criatura, Dios decidió, en su eterno beneplácito, elevar al hombre a la categoría de hijo, con lo que ello conlleva de comunión de vida y de Espíritu, de reconocimiento de rango divino, y de trato de igualdad, de cercanía y de confianza.

El hombre ya no sólo será para Dios su obra favorita (como un pintor puede estar prendado de un cuadro suyo), pero, al fin y al cabo, situado en otra escala del ser, infinitamente distante del Creador: sino que será el hijo de su corazón, que lleva su misma vida; el amigo de su confianza: *Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer* (*Jn 15,15*).

En esto consiste la vida en gracia: en que un hombre, criatura noble y efímera (noble, porque Dios lo ha hecho a su imagen y semejanza; y efímera, por el hecho de ser criatura, que no se sustenta a sí misma en el ser, sino que existe por voluntad de Dios), viene a ser convertido en la antinomia de una cria-

tura divinizada, de la estirpe del Inmortal, al serle infundido el Espíritu de la divinidad, que le hace participar por gracia de la vida de Dios, que el Hijo tiene recibida del Padre por generación natural.

Realmente estamos ante algo absolutamente sobrenatural. Ved al hombre convertido —en el buen sentido— en Dios: *¡He aquí que el hombre se ha hecho como uno de nosotros en el conocimiento del bien y del mal (Gén 3,22)*. No es que cambie su naturaleza de criatura humana en la sustancia del Creador; sino que, acogiendo por la fe el don de Dios, es decir el Espíritu de Dios, que nos hace hijos de Dios, somos uno con el Padre y el Hijo: *Como Tú, Padre, en mí y Yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros (Jn 17,21)*.

Nuestra naturaleza queda intacta, inalterada, como ocurrió también con la naturaleza humana de Jesús: verdadero Dios y verdadero hombre, porque no podía negarse a sí mismo dejando de ser lo que era: Dios. Sin embargo, nos amó con tal delirio que *siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres (Fil 2,6-7)*.

Como verdadero hombre, sintió en su cuerpo el hambre, la sed y la fatiga; se entristeció en su alma hasta la muerte, y murió clavado en una cruz. Pues, según un axioma repetido por los Santos Padres: «Lo que el Verbo asumió, eso redimió». También nosotros, como hombres, estamos sujetos al paso del tiempo; experimentamos las limitaciones en nuestro conocer, y sentimos la deficiencia en nuestro obrar, pues, con frecuencia, *no hago lo bueno que deseo, sino que obro lo malo que no deseo (Rom 7,19)*.

Mas nada de todo esto resta un ápice a nuestra condición de hijos de Dios, por la que somos divinos, partícipes de la naturaleza divina, de la misma manera que nadie reconoció en Jesús de Nazaret al Hijo de Dios, cuando jugaba con los chicos del pueblo, o asistía con ellos a la sinagoga, o ayudaba en las tareas de la casa, o cuando, de adulto, despachaba los encargos que le hacían sus paisanos; y, sin embargo, con toda verdad, se puede decir que sus paisanos hablaban con Dios, cuando hablaban con Jesús; se tropezaban con Dios, cuando se encontraban a Jesús por la calle, y tenían a Dios a su servicio, cuando Jesús les hacía algún trabajo en el taller. ¡He aquí el misterio de un hombre que era Hijo de Dios!

¿Qué se encierra en expresiones como participación en la vida divina, que hace de nosotros seres divinizados e hijos de Dios? Resulta difícil decirlo cuando nuestro conocimiento de Dios es tan limitado. Pero algo podemos apuntar a partir de lo que nos resulta conocido, como es la vida humana, y de la revelación.

Participar de la vida divina significa que estamos llamados a ser inmortales, a semejanza de Dios, lo cual contrasta con la certeza ineludible de que hemos de morir. Esto lo sabemos por la experiencia; aquello lo conocemos por la fe. La fe nos da un conocimiento sobrenatural de nuestra nueva condición, fundado en la palabra de Dios, que nos lo ha prometido y que ha cumplido ya su promesa en el hombre Jesús, resucitado de entre los muertos, vivificado por el Espíritu, y unido indisolublemente al Hijo de Dios, con el cual comparte la gloria del Padre. Su resurrección es garantía de la nuestra, si vivimos en virtud del mismo Espíritu que lo resucitó a Él. Resucitaremos para vivir con el Señor: *Padre, éste es mi deseo: que los que me has dado estén conmigo donde Yo estoy (Jn 17,24)*, porque *me voy a prepararos un lugar (Jn 14,2)*. La muerte será vencida y no podrá ya nada sobre nosotros. Pues, *si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? (Rom 8,31)*.

Pero Dios no se impone a la fuerza, sino que se ofrece al hombre con generosidad. Corrió el riesgo real de que su plan acabase desbaratado por el hombre, como así sucedió de hecho. Dios, en justicia, pudo haber admitido que tomaran realidad penal las consecuencias de la decisión humana. No sólo se habría frustrado la suerte del hombre, sino también el destino del universo.

Ahora bien, Dios tenía un plan «B» para reconducir la trayectoria de su obra, de forma que, salvando la necesaria libertad, se recuperara la integridad y la armoniosa relación del hombre con Él: el plan consistía en insertarse Él mismo en la propia creación, haciéndose criatura el Creador. Hombre en toda su verdad, hombre según el corazón de Dios, que, por la unión hipostática con el Hijo, era uno con el Padre (cf. *Jn 10,30*).

Así, el don de Dios al hombre era convenientemente valorado y satisfactoriamente acogido por éste hasta el punto de surtir el pretendido efecto de la divinización del hombre. Sin mudar su naturaleza humana, el hombre se convierte, en Cristo, en Hijo de Dios, amado de Dios.

En Jesús, el hombre (hijo de María) continúa existiendo como un ser de este mundo, expuesto a todas las vicisitudes de su condición humana. No obstante, cuando el Hijo de Dios se encarna en María por obra del Espíritu Santo, el Padre mira al nuevo ser humano como verdadero Hijo suyo. Éste, a lo largo de toda su vida, no tuvo otro propósito que hacer la voluntad del Padre, con quien estaba tan unido que era como una sola cosa con Él: un proyecto, una voluntad, un mismo obrar.

A lo largo de toda su vida, no hizo otra cosa que vivir la vida de hombre, ser de este mundo, pero llamado a aspirar al mundo de Dios: *El cielo pertenece al Señor, la tierra se la ha dado a los hombres* (Sal 113B/115,16). Él, en verdad, ya pertenecía al mundo de Dios, pues era la humanidad del Hijo de Dios. En Cristo, Dios se había mezclado con el hombre, se había hecho ciudadano de este mundo. Si el mundo pertenecía a Dios por ser creación suya, por la unión hipostática con el Hijo de Dios, el mundo pasó a pertenecer a la persona divina del Hijo, lo que se consumaría por la muerte, que conlleva la desconexión con este mundo.

Tan natural es a la condición humana el nacer como el morir: como era hombre, lo mataron (cf. *1Pe* 3,18). No se murió, sino que los hombres le arrebataron violentamente la vida, porque, enloquecidos por el mal, no podían soportar la presencia del justo en medio de ellos (cf. *Sab* 2,10-20). La aparición del mal no es responsabilidad de Dios, que es sumamente bueno, sino de las criaturas. Éstas son buenas, pero no plenamente. En ellas, encuentra un resquicio el mal, que era una posibilidad consumada por la opción contraria a Dios tomada por los ángeles convertidos en demonios. Fuera de Dios sólo cabía la nada, de donde procedían, y que afloró como «defecto de bien» (San Agustín, *Ciudad de Dios* XI 22), de ser, de verdad, de belleza...

Lo mismo ocurrió en los hombres, que fueron expulsados del paraíso, en donde paseaban familiarmente con Dios (cf. *Gén* 3,8). El verdadero mal es el estar alejado de Dios, los demás males derivan de ahí: el hambre, la enfermedad, la muerte, la envidia, el odio, la ambición...

Ésta es la humanidad que asumió el Hijo de Dios al tomar nuestra *carne de pecado* (*Rom* 8,3). La humanidad de Jesús era, a la vez, la humanidad inocente de Dios, que gozaba de la santidad del Hijo, pero también era la misma humanidad de todos

los hijos de Adán, infectada por el virus de la muerte (teologal). Es a esta vida de muerte a la que era preciso que muriera el Hijo de Dios para destruir la muerte, de forma que triunfara la vida. Su terrible pasión no fue sino la expresión máxima del desastre al que el hombre había abocado su propia vida.

Jesús se encontraba entre dos fuegos: el pecado del hombre, que lo enfrentaba a Dios, y la santidad de Dios, que repelía el pecado pero amaba al hombre en su Hijo. Éste, cargado con los pecados de los hombres, hubo de afrontar, por una parte, el odio del hombre, que pretendía suplantar a Dios, a ser posible matándolo (como así lo intentó y lo llevó a cabo), y, por otra, la exigencia de santidad de Dios, que no podía transigir con el pecado, que debía ser purificado, cambiado en gracia y amor. Era precisa la refundación de la humanidad por medio de «una alianza nueva y eterna» (Canon de la Misa) basada en el perdón misericordioso de Dios, a petición del Hijo: *Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen (Lc 23,34)*. Él asumió las consecuencias del pecado, la muerte teologal, no como castigo de su propio pecado, pues era inocente, sino como gesto de amor, entregándose obediente en manos del Padre: *A tus manos encomiéndalo mi espíritu (Lc 23,46)*. El que se entrega no es el culpable, por coacción de la justicia, sino el inocente, como ofrenda libre de amor.

Jesús murió en la humanidad recibida de Adán, la misma humanidad de todos los hombres, pero no murió la muerte del pecador (es decir, separado de Dios), sino la muerte del Hijo inocente de Dios, en comunión con el Padre. De manera que su muerte no desembocó en desgracia, sino en gloria. Esto es lo que significa la resurrección de entre los muertos.

Como tenía el Espíritu, Dios lo resucitó de entre los muertos (cf. *1Pe 3,18*), dando cumplimiento en Él a la antigua promesa: *Yo seré tu Dios (Gén 17,7)*, tu Padre, tu Vida, tu Futuro, tu Gloria... *Y tú serás mi pueblo (Lev 26,12; Éx 6,7)*: mi hijo, mi familia, mi Iglesia, mi gloria... La resurrección no equivale a la reanimación del cadáver, sino a la transformación en la condición divina, que llevamos dentro de nosotros como en semilla, y que florecerá en el mundo de Dios.

Un día, *cuando venga en su gloria el Hijo del hombre (Mt 25,31)*, se hará realidad el proyecto divino de salvación del mundo, de divinización del universo. De momento, éste continúa en expansión acelerada (como aseguran los astrónomos) y

el hombre prosigue su labor de perfeccionamiento del mundo, que pasa por la mejora del hombre mismo. Sin menospreciar el progreso científico y de bienestar, en general. ¡Lástima que no siempre los avances científicos concluyan en alabanza y acción de gracias al Creador! ¡Lástima que la insolidaridad del hombre distribuya tan injustamente los bienes de la tierra, e incluso ponga en peligro las condiciones saludables de vida en la casa común de todos los hombres! Pues hay bienes suficientes para todos, y tenemos los recursos para procurar una vida satisfactoria para todos, sin deteriorar el medio ambiente.

Hasta el día de la parusía, intuyo que al universo le queda aún un largo recorrido. Sabemos que todo comenzó hace unos 13.700 millones de años y que el universo se encuentra en expansión acelerada; que el sistema solar se formó hace unos 5.000 millones de años; que el sol se encuentra en la mitad de su vida; que la vida apareció en la tierra hace unos 3.800 millones de años; que nuestra especie humana tiene apenas unos 150.000 años, y que hace sólo unos 7.000 años que comenzamos a registrar por escrito nuestra historia. En cuanto al futuro del universo, unos científicos calculan que su final será por conflagración, en una gran implosión, otros, por enrarecimiento, disipación y enfriamiento. Ciertamente tendrá un fin como todo lo finito. Mientras tanto, aventuro que el hombre tiene la gran tarea de colonizar el universo cumpliendo así el mandato divino de *llenar la tierra* (Gén 1,28).

Bien es cierto que la parusía del Hijo del hombre y el fin natural del mundo son de naturaleza distinta, porque la salvación del mundo (o su divinización) es obra exclusiva de Dios, pero no ajena a la evolución del mundo y a la acción del hombre. Al igual que la justificación es obra de Dios, pero requiere la cooperación del hombre; asimismo el progreso no se confunde con el Reino de Dios, pero «interesa en gran medida al Reino de Dios» (Vaticano II, GS 39).

¿Cuál será la meta de la humanidad, como cabeza del universo, presidido por Cristo? Ciertamente la meta es Cristo, por quien y para quien han sido creadas todas las cosas (cf. *Col* 1,16), y en quien el plan de salvación de Dios se ha cumplido en toda su plenitud (también en María, asunta en cuerpo y alma a los cielos). No así en el resto de la creación, la cual, al presente, sigue su curso, que tendrá su consumación en la resurrección de los muertos, cuando suceda la «Pascua de la creación»

(J. L. Ruiz de la Peña), a semejanza de Cristo, que pasó de este mundo al Padre.

Unidos a Él nos integraremos en el seno de la Trinidad, como «hijos en el Hijo» (Émile Mersch), en perpetua comunión del Espíritu Santo con el Padre. Cuando la muerte sea vencida, y la vida de Dios, que ahora late y se desarrolla en nosotros como una semilla, estalle y muestre lo que encierra, *ya no habrá muerte ni duelo ni llanto ni dolor, porque lo primero ha desaparecido* (Ap 21,4). Eso sí que será una vida verdaderamente feliz.

*Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es (1Jn 3,2).* Dios es el inefable, de quien apenas podemos balbucir algunas cualidades: Él es el Ser, siempre el mismo, la Realidad; es la Bondad, que, de su Sumo Bien, quiso hacer partícipes a las criaturas; es la Belleza inmarcesible, por la que son hermosas todas las cosas; es el Amor, que se da plenamente al Hijo y, en Él, a todos los seres...

Conoceremos como seremos conocidos, amaremos y seremos amados, por Dios y por todos los bienaventurados, con los cuales formaremos como una unidad en Cristo, nuestra Cabeza. «Allí descansaremos y contemplaremos, contemplaremos y amaremos, amaremos y alabaremos. He aquí lo que habrá al fin, mas sin fin» (San Agustín, *Ciudad de Dios* XXII 30,5).

Lo que un día se manifestará plenamente, eso mismo ya lo somos ahora. Vivamos, pues, de forma que lleguemos un día a ver a Dios tal cual es. Pues, en frase del bienaventurado cardenal Newman, «la gracia es la gloria en el exilio; la gloria es la gracia en el hogar».

Modesto GARCÍA GRIMALDOS, OSA